

provisiones necesarias, y dejando de ser sitiador se hubiera visto él mismo sitiado. Este poderoso motivo, el ardor de todos los capitanes venecianos, las continuas instancias que hacían á su almirante, el tierno espectáculo de los sitiados, que desde lo alto de la muralla le alargaban las manos en ademán de suplicarle y con lastimeras voces imploraban su auxilio, nada de esto fué capaz de mover á aquella alma vil á esportarse al menor peligro, ni aun á salir de su estúpida inacción. Además de la desidia del jefe, hubo también un traidor perverso, llamado Tomás Liburno, que enseñó á los turcos los parages por donde ofrecía la plaza menos resistencia, y de este modo cayó en poder de Mahomet despues de treinta dias de sitio (1470).

Para tomar venganza el cruel sultan de la muerte de cuatro mil hombres que habia perdido, la abandonó al saqueo y á todo el furor de los soldados. El noble veneciano, Pablo Eriso, habiendo salido bajo la palabra del gran señor, de un fuerte adonde se habia retirado, le partieron por la mitad del cuerpo. Su hija, que á una virtud heroica juntaba una rara hermosura, fué ahorcada por no haber querido condescender con los torpes deseos de aquel bárbaro seductor. Al fin, el vil comandante de la armada veneciana fué preso por su sucesor Pedro Mocénigo, el cual le envió cargado de cadenas al senado, y este le condenó á destierro perpétuo. Habia encontrado Mocénigo cuarenta y seis galeras, á las que se agregaron poco despues otras veinte enviadas por el Papa, y diez y siete que dió Fernando, rey de Nápoles. El nuevo almirante, en nada parecido al primero, puso en alarma con este armamento á todos los mares del Archipiélago é hizo en ellos terribles destrozos.

Al mismo tiempo no omitía el Papa diligencia alguna para levantar un ejército de tierra proporcionado á la escuadra. A fuerza

de repetir sus instancias con el emperador Federico, el cual se divertía entonces en viajar y en grabar en las paredes de las posadas este emblema de la indolencia: *el olvido es el remedio de los mayores males*: logró que se juntase en Ratisbona (1471) una dieta numerosa, en la que se halló medio de poner en pie de guerra un ejército de doscientos mil hombres, y señalarle un sueldo fijo sobre las contribuciones de cada particular, á cuyo efecto se dispuso de comun acuerdo, que el que tuviese mil escudos de renta, habia de dar un hombre de á caballo, y el que quinientos, uno de á pié, y así todos los demás á proporción de sus rentas, ya escediesen, ya no llegasen á las sumas indicadas. Los que tenían un duplo ó triplo, debían presentar dos ó tres hombres, y los que tenían menos, debían unirse para suministrar el soldado ó soldados que les correspondiesen. Tal era en aquellos tiempos el sistema de la administración política que no sabia comprender la distancia que hay entre la teórica y la práctica. Pero ¿cuándo han dejado de alucinarse los hombres de cálculos precisos y los proyectistas de planes impracticables? Otro error que apenas puede concebirse era el de hacer fuesen exclusivamente los móviles de estas grandes operaciones los Papas, que por lo comun eran viejos ó estaban enfermos, y muchas veces juntaban ambas cosas; de manera que ninguna de esas empresas llegaba á realizarse, pues no bien se montaba la máquina faltaba la basa y todo se consumía en preparativos sin llegar jamás á tener efecto.

Pio II, del mismo modo que Calisto III y Nicolao V, habia muerto en el momento en que estaba todo dispuesto ya para la destrucción de la media luna, y Paulo II murió, como Pio, estando hechos los mismos preparativos é igualmente próxima la ejecución. Algunos dias despues de la dieta de Ratisbona, en la noche del 27 al 28 de

julio de 1471, le acometió un accidente apoplético, y fué tan repentina su muerte, que ni pudieron darle ningun socorro ni hubo nadie que le viese espirar. Tenia entonces Paulo II cincuenta y cuatro años, y habia ocupado cerca de siete la Santa Sede. Se volvió despues á tratar muchas veces de la guerra contra los turcos y siempre bajo el

mismo plan, hasta que á fuerza de esperiencias se substituyó al entusiasmo de un valor efimero una conducta mas lenta, mas uniforme y por lo mismo mas temible. En efecto, hay ciertas preocupaciones cuya destrucción no puede lograrse, variando enteramente las ideas, sino á fuerza de tiempo y con la variación en las costumbres.

LIBRO QUINCUGÉSIMO-QUINTO.

Desde el comienzo del Pontificado de Sixto IV en el año 1471, hasta la reduccion de los moros de España en el de 1492.

ALGUNOS dias despues de la muerte de Paulo II, en 9 de agosto de 1471, fué elegido para sucederle Francisco de Alvescola de la Rovera, cardenal del título de San Pedro *ad vincula*, y tomó el nombre de Sixto IV, porque se habia entrado en cónclave á tiempo que se estaba celebrando la fiesta de San Sixto, Papa y mártir. Hacia cuatro años que era cardenal, tenia cincuenta y siete años, y era de una familia bastante ordinaria, pues que el embajador de Venecia, enviado para prestarle obediencia en nombre de la república, le dijo espresamente que recibía su nobleza no de sus antepasados, sino de su capacidad y de su virtud (1). Si despues fué como adoptado por la antigua casa de la Rovera, es porque no hay nobleza que no busque lustre y pocos hombres ilustres que no gusten de engalanarse con la nobleza. La mayor parte de los historia-

dores dicen que Sixto IV fué hijo de un pescador de la aldea de Celles en el Estado de Génova, y añaden que él mismo habia ejercido este oficio en sus primeros años.

Como quiera que sea, su promoción no produjo envidias, pues su mérito tapó la boca así á los mas antiguos que él como á los cardenales de mas ilustre alcurnia. Poseía en grado eminente la filosofía, la teología, el talento de escribir y el de manejo de los negocios, y aun las lenguas sabias. Habia sido franciscano, profesor de las escuelas mas célebres de Italia, y despues general de su orden, de donde le habia sacado Paulo II para hacerle cardenal por recomendación del sabio y piadoso Besarion, cuya amistad bastaria por sí sola para formar su elogio. La púrpura alteró tan poco sus virtudes religiosas, que su casa mas bien parecia un monasterio que el palacio de un cardenal. No se le acusa mas que de dos defectos: uno, que criticos importunos

(1) Fulgos. de dict. et fact. l. 3, c. 4.

suponen como anejo á su misma dignidad, afuada algunas veces con la mancha del nepotismo; y el otro, procedente de la bondad de su carácter que no sabia negar cosa alguna. No bien fué instalado Papa, dió el capelo á dos sobrinos suyos, aunque todavía muy jóvenes, á saber, á Julian de la Rovere que despues fué Papa con el nombre de Julio II, y á Pedro Riario, hijo de su hermana. La mayor parte de sus parientes, que eran muchos, fueron de no poco gravamen á la Iglesia romana por la solicitud del Pontífice en proporcionarles bienes. Su facilidad dió por otra parte un peligroso ejemplo á los Papas siguientes y al mismo tiempo á los reyes; pues llegó hasta permitir que Alfonso, bastardo de Fernando, hijo del rey Juan de Aragon, y niño de menos de seis años, poseyese el arzobispado de Zaragoza en encomienda perpétua.

Sixto IV, á ejemplo de sus predecesores, miró con mucho interés la guerra contra el turco. Para inspirar los mismos sentimientos á los príncipes, puesto de acuerdo con el Sacro Colegio nombró legados plenipotenciarios á cuatro cardenales de los mas acreditados en el Sacro Colegio; el célebre Besarion, para Francia; Rodrigo de Borja, que despues fué Papa con el nombre de Alejandro VI, para España; Marcos Cibo, para Alemania y Hungría; y para el mando de la escuadra contra los infieles, al cardenal Caraffa, célebre ya por su celo militar. No vemos destinase legado para Inglaterra, sin duda á causa de las turbulencias y desórdenes, de los horrores y crímenes que en el curso de este año de 1471 llegaron á su colmo por las dos facciones de la rosa blanca y la rosa encarnada, es decir, por las bárbaras divisiones de las casas de York y de Lancaster.

El rey Enrique VI, hijo de Enrique V, el idolo de la Inglaterra y azote de la Francia, soberano de estos dos reinos desde que

tenia diez meses, pacífico poseedor de Inglaterra ó formidable á sus facciones durante treinta años, Enrique vió despues abrasado por el fuego de la discordia todos sus Estados, que se convirtieron en teatro de muerte y de carnicería; perdió ó ganó trece batallas campales, que costaron la vida á un millon de hombres y á ochenta príncipes de la sangre; pasó alternativamente por espacio de quince años del trono á la cárcel y de la cárcel al trono, de donde por último fué precipitado para siempre y cosido á puñaladas por un príncipe de su sangre, verdugo del padre despues de haberlo sido del último de sus hijos; príncipe interesante para toda persona sensible, venerable á los ojos de la fe, por mas que pareciese muy mediano á los de la política, y verdaderamente digno de un culto religioso, si su piedad, su paciencia y su resignacion, mas grandes aun que sus desgracias, segun todos los historiadores, no hubiesen tenido nada de la debilidad de su alma ni de los límites de sus luces. Cuéntanse algunos milagros que se dice obró durante su vida, y sobre todo despues de su muerte (1); por lo cual solicitó su canonizacion el rey Enrique VI, descendiente por línea femenina de la familia de Lancaster, y que habiendo tenido la fortuna de librarse del furor de la de York, le arrebató despues la corona adquirida á costa de tantos crímenes. Aunque Enrique VI no murió hasta el 1471, se cuenta el reinado de Eduardo IV, su sucesor y su parricida, desde el 5 de marzo de 1461, dia en que este usurpador fué primeramente proclamado rey.

El cardenal de Borja, durante su legacion, se encontró en Castilla con embajadores del rey Eduardo y de su aliado el duque de Borgoña, ante los cuales hizo alarde de su celo, no solamente dando á su comision

(1) Harpsfield, *Hist. eccl. saec. 15, c. 4 et 5.*

mas estension que la que tenia, sino tambien mostrando una parcialidad que solo podria servir para frustrar el fin que se proponia. En vez de ocuparse en pacificar los príncipes, como á ello le obligaban sus instrucciones y el carácter de representante del Padre comun de los fieles, trató de alianzas contra Luis XI, unido por las reglas del derecho al partido de los Lancaster, y aun por los vínculos de la sangre á la reina de Inglaterra, Margarita de Anjou. Por el contrario, Carlos, duque de Borgoña, muy diferente de su padre Felipe el Bueno, estaba por la faccion de York, y en los cinco años que llevaba de haber sucedido á Felipe habia manifestado ya aquel genio fogoso que hizo se le diese el nombre de *Temerario*, y volvió á esponer el reino de Francia á las calamidades en que le habia sumergido su abuelo Juan sin Miedo. Pero siendo Borja demasiado frívolo entonces para tratar ninguna cosa con seriedad, no hizo mas que poner alerta á los franceses para oponerse á sus pretensiones, las cuales declaró de un modo mas peligroso cuando se vió elevado á la Silla pontificia. En toda su legacion mostró mucha vanidad, ambicion y amor al fausto y al dinero, y solo sacó de ella el desprecio de los príncipes y de los pueblos. Pero todas las riquezas que habia acumulado en ella quedaron sumergidas á su regreso, con setenta y cinco personas de su casa, sin contar la tripulacion y tres obispos que iban en su compañía. Aunque con gran trabajo, y pasando por infinitos peligros, tuvo el legado la felicidad de llegar al puerto en su segunda galera enteramente estropeada. Fueron detras de él los embajadores de Castilla, encargados de esponer al Papa las quejas de la nacion contra la conducta de aquel legado (1).

Por causas totalmente distintas hizo tan

pocos progresos en el Norte Marcos Cibo, cardenal de Aquilea, como Borja en España. Estaba muy encendida la guerra en Bohemia entre Ladislao, príncipe de Polonia, y Matías, rey de Hungría, los cuales pretendian aquella corona. En caso de que el legado no pudiese conciliar los ánimos por sí mismo, tenia comision para proponer por árbitros al Papa y al emperador. Pero como los intereses mas arriesgados son los que menos se fian á la aventura, creyeron los dos príncipes competidores que la dignidad Real no era de tal naturaleza que debiera esponerse al arbitraje.

En la corte de Francia apenas fué oído de Luis XI Besarion, oráculo del Sacro Colegio. Aquel príncipe caprichoso, que le habia manifestado por cartas la satisfaccion que le cabia en tenerle por legado, pasó de repente desde la benevolencia á la aspereza y aun al insulto. Despues de haber rehusado por espacio de mas de dos meses darle audiencia, solo se la concedió para prohibirle que usase de sus poderes en ninguna parte de los dominios de Francia. Añádese que alargando el rey la mano á la barba larga que el ministro romano llevaba todavía, segun el uso de los orientales, le aplicó con una alusion grosera aquel verso técnico de los gramáticos: *Barbara Graeca genus retinent quod habere solebant* (1). Varios historiadores se han empeñado en averiguar el motivo de esta repentina mudanza de Luis XI, y algunos pretenden que se ofendió porque el legado que tenia la comision de negociar la paz entre el rey y el duque de Borgoña, habia principiado el egercicio de su legacion por el vasallo: cosa puramente conjetural, y aun contraria al testo de la historia y á todos los monumentos admisibles, segun los cuales no llegó jamás á tener efecto el viage de Besarion á Borgoña. Pero ¿á qué

(1) Pap. ep. 441 et 534.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Brantom. *Matth. hist. de Luis XI, l. 2.*

—Tomo IV.

171. 4. 4. 1.

fin se han de buscar motivos en la conducta del mas caprichoso de todos los hombres? Y si los hubo, ¿cómo podrán descubrirse tratándose del príncipe mas artificioso e impenetrable?

Añaden á esto que se retiró Besarion lleno de dolor y poseído de una pesadumbre mortal: otro punto de congetura muy difícil de concebir, á no ser que se suponga que estando ya enteramente decrepito aquel grande hombre, en quien era como natural la magnanimidad y presencia de ánimo, no había conservado nada de lo que en cierto modo constituía su carácter. No bastaban sesenta años de edad y de escesivos trabajos, á los cuales se añadieron las fatigas de un viage extraordinariamente penoso, para que sin culpa á los franceses exhalase el cardenal de Pavia sus lamentaciones oratorias con motivo de la muerte de un prelado, que, según sus expresiones (1), no tuvo jamás ni alguna debilidad ni cosa alguna que desdijese de aquella dignidad, y con cuya pérdida perdía el Sacro Colegio su brazo, su consejo y toda su gloria; los sábios un padre, los hombres de bien su consuelo, y la Iglesia entera su mas firme apoyo? Cayó enfermo en Turin, y sin embargo llegó por el Po hasta Ravena, donde faltándole enteramente las fuerzas espiró á 18 de noviembre de 1472. La larga residencia del gran Besarion en Italia, contribuyó mucho á multiplicar en aquel pais los sábios de que estaba siempre llena su casa, y de quienes era á un mismo tiempo amigo y protector. Tales fueron, entre otros muchos, los célebres griegos Jorje de Trebisonda, Juan Argirópilo, Teodoro Gaza, Gemisto Pleton, Andrés de Tesalónica, y los latinos Blondo, Lorenzo Valle, Valerio de Viterbo, Leonardo Aretino, el Poggio, Platina y Campana, muchos de los cuales estaban empleados en su misma casa: de

(1) Pap. ep. 489.

modo que su persona y su palacio respiraban, por decirlo así, el aire de las ciencias y de las bellas artes. Había reunido una porción de libros raros y selectos que le costaron treinta mil escudos, y los regaló á la república de Venecia, la que conservó esta biblioteca preciosa. El Sumo Pontífice dio á su sobrino el cardenal Riario el título de patriarca de Constantinopla que había tenido Besarion.

La legacion militar del cardenal Caraffa tuvo algun éxito favorable, aunque mas brillante que sólido (1). Con veinte ó veinticuatro galeras del Papa, que mandaba el legado, se incorporó con la armada de Venecia y de Nápoles. Sisto IV tenía por lo menos tan buena armonia y correspondencia con el bastardo de Aragón (el rey Fernando de Nápoles), como la que había tenido Pio II, siendo el vínculo de esta amistad el matrimonio de un sobrino suyo con una sobrina de aquel rey. Se dió por dote á la princesa el ducado de Sorano, separado del patrimonio de la Iglesia á consecuencia de una antigua pretension de los reyes de Nápoles. No dejó Sisto de confirmar á favor de Fernando la investidura del reino. Entretanto los esfuerzos de las escuadras combinadas, compuestas de mas de ochenta galeras, se redujeron á apoderarse de la ciudad de Atalia, en el Asia menor, y á impedir por algun tiempo las operaciones de una armada turca á la cual se adelantó la nuestra. El legado y el almirante veneciano sorprendieron despues de esto á la ciudad de Smirna, y habiendo cogido allí muchas riquezas, volvió inmediatamente á Roma el cardenal legado y entró triunfante en aquella capital, seguido de veinticinco turcos principales, vestidos con trages magníficos, de otros muchos que llevaban la cadena del puerto de Atalia, y doce camellos

(1) Pap. ep. 439 et 440.

cargados con los despojos y banderas del enemigo. El veneciano Mocénigo se quedó en el Peloponeso, donde no hizo mas que saquear algunos puertos ó islas de aquellas inmediaciones. No obstante, se asegura que si todo este armamento hubiera continuado por mar sus primeras ventajas al mismo tiempo que el rey de Persia Usun Casan, despues de haberse apoderado de Trebisonda, perseguía á los turcos en el continente con mas de seiscientos mil hombres, se les habría quitado la mejor parte de lo que poseían en Asia. Pero la suerte siempre imprevista, aunque tan fácil de preveer, de todas estas empresas, era frustrarse á causa de su complicacion en el momento en que puestos en movimiento todos los resortes debían producir mayor efecto.

Despues de la muerte de Besarion, Luis XI, que al quería ligarse ni romper abiertamente, envió una embajada á Roma temiendo que la conducta precipitada que había observado con el legado romano fuese causa de que se creyera que miraba con ojeriza al Cefe mismo de la Iglesia y que hacía poco aprecio de la Religion. Nada costaban estos pasos á aquel príncipe, ocupado la mitad de su vida en irritar á sus vecinos y la otra mitad en acobardarlos. Al mismo tiempo se preciaba de devoto, especialmente con la Madre de Dios, en cuyo honor mandó que se tocasen las campanas al medio dia como todavía se practica, y que se rezase de rodillas la salutacion angélica ó Ave Maria (1). Su embajador manifestó al Papa el deseo que tenía el monarca de ver restablecida la paz y concordia entre todos los príncipes cristianos, á fin de tomar despues las providencias convenientes para la defensa de la Religion. Pero como propuso se congregase á este efecto un concilio general en Francia, el Papa, que

(1) Gaguin.

temía las consecuencias de semejantes proyectos, trató de frustrarle, y respondió lacónicamente que los males de la cristiandad pedían remedios mas prontos. Se discutió luego acerca de la famosa pragmática, la cual, atendido el estado de incertidumbre en que se dejaban las cosas, era causa de infinitas dificultades y tropiezos. Se solicitaron y consiguieron varias esplicaciones, modificaciones, mudanzas y reglamentos, y aun hubo con este motivo muchas embajadas: lo cual nada costaba á Luis XI, pues tal vez no habrá habido ningún príncipe que tuviese empleados tantos negociadores. Por fin, obtuvo una buia de reglamento bastante conforme á sus súplicas, acerca de los beneficios, contribuciones y pleitos. No obstante, se cree que no se puso en ejecución, porque se reputó arbitrariamente que era contraria al derecho comun de su reino y á los concilios de Basilea y Constanza (1).

En España reinaban con mucho escándalo entre los eclesiásticos la ignorancia y la disolucion. La mayor parte de ellos no entendían el latin, y su menor desorden consistía en ir á la guerra ó en pasar la vida en banquetes y entregados al libertinaje. El concubinato estaba casi legitimado entre ellos (2). No hacían escrupulo de la simonía y se aplaudía este tráfico sacrilego como una industria digna de elogio (3). Durante la legacion del cardenal Borja, hubo varios prelados de un celo extraordinario, como suele suscitarse la Providencia en los tiempos mas calamitosos, los cuales propusieron diferentes medios de reforma en una junta numerosa, celebrada en Madrid por el cuerpo episcopal, y por los eclesiásticos mas considerables del reino (1475). Se prin-

(1) Estrada, l. 11, c. 6.

(2) Marian, l. 1, c. 18 y 19.

(3) Concil. l. 13, p. 149.